



«Abrazáronse con él y por fuerza le volvieron al lecho.» Parte primera, capítulo VII. (Dibujo de Aranda.)

janzas mediante las que identificamos dos cosas son cada vez más distantes. Se precisa una excelente imaginación para hacer tangente una ruleta con «la amazona centrífuga» de nuestro último ejemplo. Pues bien, y es a lo que iba, la capacidad de Don Quijote en su locura para hacer metáforas, alcanza todos los grados, desde el más elemental al más difícil. Veamos alguno de estos grados:

Puede considerarse una metáfora sencilla, casi de primer grado la que realizó Don Quijote con la famosa bacía del albeitar. Esta, elemento de partida, viene cubriendo una cabeza, y, además, es dorada. El yelmo de Mambrino servía para cubrir la cabeza, y según los libros de Don Quijote, era de oro. Las semejanzas son grandes. En realidad esta metáfora se hace sola. Además, Don Quijote simplifica esta metáfora hasta decir que a la bacía (yelmo según él), le falta la babera.

Metáforas de grado mucho más alto son: Venta=Castillo; ovejas=bandos de guerreros. Pero el sumo grado de metáfora que hace y realiza Don Quijote lo constituye el mito de Dulcinea. De esta grandísima metáfora, el elemento base, difusísimo, es una moza que años hacía vió Don Quijote en el Toboso: Aldonza. El segundo término de la metáfora, lo constituye toda esa mitología y gesta que obra el hidalgo en torno a Dulcinea.

Esta curiosa técnica cervantina para levantar el gran carácter del caballero, la resumiremos así:

1.º Don Quijote hace metáforas de cuanto ve en sus andanzas caballerescas.

2.º Estas metáforas alcanzan todos los grados, desde el más simple, vg.: bacía=yelmo, al más inaprensible, vg.: Aldonza desconocida=princesa amada.

3.º Dichos tropos, sea cualquiera su grado, Don Quijote los considera realidades, que anulan el término de partida.

Ahora algunas consideraciones secundarias:

a) El segundo término de estas metáforas—parte creada—, pertenece siempre al mundo fantástico y caballeresco, Vg.: gigantes, guerreros, yelmos, etc.

b) Don Quijote—y esto interesará a los médicos—forja siempre estas metáforas en un momento de superexcitación. Luego, cuando se le enfria la sangre, acabará por reconocer que los molinos son tales molinos y no gigantes y que los cueros de vino son tales cueros y no mandrines... Digo que acaba por reconocer que «son»; pero no que «eran». Es decir, en su momento, las cosas fueron tal como él dijo, lo que ocurre es, que después, los muchos sabios y magos encantadores enemigos de Don Quijote, han sido los verdaderos hacedores de las metáforas, pero de metáforas al revés—de bonito a feo—convirtiendo a los gigantes en molinos, a los caballeros de ambos bandos en prosaicas ovejas y a los mandrines en cueros de vino... «Que